

GABRIELA CERRUTI



**LA
REVOLUCIÓN
DE LAS
VIEJAS**

**LA MAREA QUE CAMBIARÁ
TU VIDA Y EL MUNDO:
BIENESTAR, SEXO Y PODER
DESPUÉS DE LOS 60**

GABRIELA CERRUTI

LA REVOLUCIÓN DE LAS VIEJAS

La marea que cambiará tu vida y el mundo:
bienestar, sexo y poder después de los 60

 Planeta

Ese día me miré al espejo y ya no estaba.
Me había vuelto invisible. Irrelevante.
No tenía que salir a trabajar. Nada ni nadie me
apuraba. Nada ni nadie me esperaba.
Podía salir, o quedarme. Daba igual.
El mundo estaba hecho para los que corrían apu-
rados. Y yo ya caminaba lento.
Todo era una gran invitación a no molestar. A sen-
tarme a mirar por la ventana y esperar el final.
Pero era el principio.

*Ya cumplí cincuenta y cuatro, estoy bien, ponele, o sea.
Me levanto a la mañana más arrugada. Tengo algunos
dolores de rodillas, estoy menopáusica... bah, ya pasé la*

menopausia. Tomo calcio. Tengo cincuenta y cuatro: esto significa que dentro de ¿cuánto, de seis? ya voy a pasar a ser lo que se considera en la sociedad una adulta mayor. Diciéndolo claramente y pronto, lo que voy a pasar a ser es una vieja. ¿Okey?

Entonces cuando uno empieza a pensar que cada vez que oímos hablar de viejas en la televisión, en lo público, aun en las políticas públicas, de lo que oímos hablar es de jubilación, de plata, de remedios. Yo creo que voy a vivir treinta años más, ojalá, digamos. Porque ahora la calidad de vida se extendió; no la calidad de vida, la cantidad de vida. Entonces, la vejez de pronto está pasando a ser casi la etapa más larga de la vida. ¿Cuánto tiempo somos jóvenes, cuánto tiempo somos niños, cuánto tiempo somos adolescentes? Bueno, viejos vamos a ser treinta, cuarenta años. ¿Alguien está pensando cómo vamos a hacer para ser felices esos treinta o cuarenta años?

Yo lo que quiero son políticas que pensemos para la vejez, para nosotras, para las que vamos a ser viejas dentro de muy poquito, con las que empezemos a pensar cómo hacemos para ser felices esos años que nos quedan. Y para eso hay que pensar lugares de encuentro, lugares de salidas; hay que pensar de qué manera nos vamos a convertir en aquello que quisimos ser toda la vida, porque además somos de una generación que llega a la vejez con una cantidad de expectativas y de sueños. Algunos obviamente ya los cumplimos, pero muchos, muchí-

simos, todavía los queremos cumplir. Entonces, ¿qué vamos a hacer con todas estas viejas que somos, que bancamos la revolución de las pibas pero que al mismo tiempo queremos saber cómo vamos a seguir viviendo nosotras? Vos viste que en los laburos ya te discriminan porque si tenés más de cuarenta, cuarenta y cinco años no entrás.

Buenísimo la juventud, viva la juventud, que vengan las pibas, pero ¿por qué no empezamos a pensar también que hay una enorme, enorme cantidad de todas mujeres, de todas nosotras, que ya vamos a ser viejas, que en muchos casos vamos a estar solas porque los hijos se fueron o porque decidimos no tener hijos, porque somos de la generación que decidió no tener hijos, vivir solas, no tener un marido? Bueno, ¿cómo viene la vida para todas nosotras? Yo creo que está buenísimo todo lo que estamos haciendo de acompañar la revolución de las pibas, pero que estaría muchísimo mejor si somos capaces pronto de empezar a armar La Revolución de las Viejas.

Y empezamos. Esas palabras balbuceadas frente a un espejo fueron el inicio. Esta historia empezó frente a un espejo, entre amigas y con un video.

Ese día del espejo me lo dije, y lo dije.

Despacio, mientras me sacaba el maquillaje y pasaba la crema por mi cara y Zahira y Laura me graba-

ban en sus teléfonos. Son treintañeras, así que venían riéndose de mi contradictorio monólogo de la tarde. Tengo cincuenta y cuatro años, no seré oficialmente vieja hasta dentro de seis, estoy y me siento mejor que nunca pero no puedo dejar de pensar que ahí hay una barrera invisible y un después todavía desconocido.

Estoy bien, estoy muy bien, estoy mejor que nunca. Ya no me lleno de intensidad desgastante para casi nada, ni voy detrás de anhelos que no son míos. Necesito menos y me conformo con menos. Elijo los placeres. Tengo el no más fácil que el sí y casi no doy explicaciones. Me rodean el amor y las buenas memorias pero también los proyectos, las ideas, los mundos por viajar y los sueños por cumplir. Ya fui Mafalda, fui Susanita y fui Libertad. Me gustan músicas y lecturas diversas y no tengo que rendir cuentas a ningún canon. Miro para atrás y disfruto del mercado persa en que viví: colorido, con bagatelas y con lujos, durable como mueble bueno o efímero como esas velas preciosas. Todo en medio de aroma de especias.

En seis años voy a ser vieja. ¿Vieja?

Ya pasé la menopausia. Tuve que volver al gimnasio porque las rodillas cuentan toda mi historia. Tomo calcio, no tengo problemas de salud. Y tengo la sensación, la perspectiva, la intuición, de que me

falta todavía mucho por vivir. ¿Vivir cómo, con quién, para qué? ¿De qué manera?

Durante muchos años me obsesionó la idea de la muerte. No de cómo o cuándo, sino simplemente de que tuviera que suceder en algún momento. Hacía cuentas, tipo cuántas veces iba a vivir lo que ya había vivido. Cuando empezó a achicarse el margen, empecé a hacerme trampa. Me quedan treinta o cuarenta, que es menos de lo que viví pero, en realidad, si pienso desde que empecé a vivir plenamente, que fue la adolescencia, es más o menos lo mismo.

Un día dejé de hacer esas cuentas y empecé a preguntarme: «Y si vivo cuarenta años más, ¿qué voy a hacer? No tengo proyecto para lo que me resta».

Nos pasamos la vida iluminando a otros para sentirnos iluminadas. El *proyecto de vida* debía ser compartido, y en esa ecuación terminamos rindiendo nuestro deseo ante nuestras necesidades. «De a dos» fue un mandato y una perdición: nos transformamos en una mitad que se desangra si se separa de su siamesa. Le pusimos funcionalidad a los lazos, y eso los fue jerarquizando. El amor tenía que tener buen sexo, y reproducirse en hijos e hijas, armar hogar, compartir propiedad y contratar felicidad cotidiana a cada paso.

Cuando los hijos y las hijas llegaron, y crecieron, el ideal de amor romántico comenzó a ser encontrar

a alguien con quien me gustaría envejecer y que me acompañara los últimos años. Juntos de la mano, mirando el atardecer frente al mar.

¿Y si envejezco sin una pareja estable? ¿Porque así lo elegí o por los avatares de la vida? ¿Y si envejezco sin propósito ni deseo a pesar de tener un cuerpo cohabitando mi casa y mi lecho?

Fuimos tomando decisiones que nos llevaron a este momento libres, autosuficientes, poderosas. En soledad o acompañadas. Abuelas cuando tenemos nietos, amigas, compañeras, en familia o sin ninguna compañía. Somos nosotras con otras, compartiendo un momento de la vida y de la humanidad en que nos adentramos en un territorio allende las fronteras conocidas. Y queremos echarnos a andar y explorar.

Ese video circuló por las redes sociales, por internet. Se viralizó en pocas horas. Pasó de teléfono en teléfono.

Durante días no dejaron de llegarme mensajes. Cientos primero, miles y miles a medida que pasaban los días. Mujeres más o menos cercanas, conocidas, contactos, seguidoras. Y de pronto fue una marea.

En todo el país. Mujeres de cincuenta, sesenta,

setenta, que se sentían nombradas. Que contaban su historia. Nos mirábamos y nos reconocíamos.

Como en los cuentos de dragones, había que romper el hechizo. Decir la palabra mágica. Nombrarnos: nosotras, las viejas. Aquí estamos.

Estábamos allí, y se dispersó la bruma: la generación del medio, la que no tenía aún su historia contada. Salimos a la democracia con la responsabilidad, pero también el sufrimiento y el dolor, de tener que hacernos cargo de ese legado enorme de la generación del setenta, de esa melancolía. Al mismo tiempo, el heroísmo estaba ahí. O en los sesenta. La utopía estaba siempre en el pasado. Nunca tuvimos un futuro en que mirarnos. Tampoco ahora. No somos las madres que fueron nuestras madres, y mucho menos las abuelas que fueron nuestras abuelas. No tenemos un modelo de vejez en que reconocernos. Por eso decidimos construirlo.

Sabemos que probablemente vivamos muchos más años que ellas. Que la expectativa de vida se ha alargado, que la ciencia, la medicina y la biogenética avanzan a pasos exponenciales en una curva ascendente que se acelera cada día y que cada vez más y más humanos alrededor del mundo alcanzarán los

ochenta, noventa o cien años de manera saludable y activa.

Mientras algunos biólogos, como el británico Aubrey de Grey, sostienen que estamos a las puertas de la amortalidad, o al menos de la posibilidad de detener el envejecimiento por tiempo indeterminado, otros menos optimistas como Yuval Harari no dejan de reconocer que es muy probable que antes del final del siglo XXI la enorme mayoría de la población pueda vivir hasta los ciento cincuenta años.

La aceleración de los descubrimientos científicos abre ese horizonte. Si bien es cierto que el promedio de la expectativa de vida dio un salto sustancial cuando se redujo la mortalidad infantil y la de las madres y los hijos en el parto, y otro con la aparición de la cirugía y los antibióticos, también lo es que en los últimos veinte años la carrera ha dejado de ser a salto de mata, o escalón por escalón, y se parece más a una maratón, una carrera estable e irrefrenable en la llanura. Todos los días nuevos hallazgos terminan con enfermedades, mejoran el rendimiento de esa maquinaria perfecta que es el cuerpo humano y nos permiten llegar a los cincuenta años sin pensar ya en que comienza la curva de declive, como pensaban nuestros padres, sino descubriendo que estamos en la mitad de la vida.

La pandemia del coronavirus, que cayó como un meteorito inesperado y conmovió al mundo entero, no viene a refutar esta idea sino a confirmarla. Una enfermedad desconocida que puso en crisis los sistemas de salud del mundo. Y que, sin embargo, en menos de un año logró desarrollar una vacuna y devolvió al centro de la escena la cuestión del acceso universal a los cuidados como una política que nunca se debió haber abandonado.

Si la fiebre amarilla hizo que el mundo construyera cloacas y la gripe española logró que se perfeccionaran y difundieran los antibióticos, puede que el COVID-19 sea el umbral de nuevos avances en la medicina, la biología y los sistemas sanitarios en el mundo.

¿Quiere decir esto que ya no habrá hambrunas, ni pestes? ¿Implica desconocer que buena parte de la población mundial vive en la pobreza y sin acceso a la salud? Claro que no. Pero si el xx fue el siglo de la industria armamentística para derrotar enemigos—reales o contruidos, pero con rostro humano—, el XXI amaneció más empeñado en la carrera por derrotar a la muerte. La curva exponencial no es solo de avances sino también de acceso a esos avances. Cada vez más gente en más lugares del planeta accederá a más posibilidades de vivir una vida longeva.

¿Por qué no festejamos, entonces?

Porque el relato de nuestra existencia sigue organizado como hace cien años atrás. Nacemos, crecemos y nos alfabetizamos hasta los veinte, armamos una familia y trabajamos hasta los sesenta, cuando nos jubilamos y nos retiramos. Para esperar la muerte.

La vida humana continúa organizada como si girase alrededor del aparato económico militar que regía el mundo en pleno apogeo de la Revolución Industrial.

Si estudiamos sobre todo hasta los dieciocho años, como a principios del siglo xx, es porque entonces los varones marchaban al ejército y las mujeres a casarse y tener hijos que nutrieran las fábricas y las milicias. Todavía amontonamos la educación formal en los primeros veinticinco años de existencia: eso no funciona cuando las innovaciones que cambian radicalmente nuestra vida y vuelven obsoletos nuestros conocimientos, y hasta nuestras creencias, se suceden permanentemente.

Los horarios de las ciudades se rigen todavía por el ingreso y la salida de esas mismas fábricas, que ya no existen o tienen otros modelos de producción. Los operarios ya no llegan en masa al portón a las ocho

de la mañana, pero nuestros niños siguen durmiendo sobre los pupitres de las escuelas a esa hora como si la vida de sus padres fuera igual a la de sus abuelos.

En el ciclo de la vida que sigue siendo el imaginario ideal de gran parte de la humanidad, la universidad nos lanza a los veintipico al mundo para sumergirnos en la locura de producir y consumir, en una rueda esclava en la que generamos productos y desechos y más productos y más desechos. Producimos para poder consumir, pero si no consumimos se detiene el aparato productivo. Entonces hay que inventar nuevas necesidades, y satisfacerlas con nuevos productos y descartar lo apenas usado como nuevo desecho. *Ayer* ya es antiguo, *usado* es inservible y *viejo* es basura.

Ese relato tiene un punto de llegada, inexorable: a los sesenta años nos retiramos y pasamos a ser jubilados. Es decir, un problema para las finanzas públicas y una carga para los jóvenes.

Paradójicamente fue un avance social el que dio origen a este malentendido. Fue el Estado de bienestar surgido después de la Segunda Guerra Mundial el que puso un nombre y un rol a los adultos mayores cuando se establecieron los primeros regímenes previsionales. Y entonces todos quedaron incluidos en el sistema: o eras trabajador activo o eras trabajador pa-

sivo, o eras obrero o eras jubilado. El rito de pasaje lo comenzaron a marcar unos papeles llenados en una oficina, movidos por la burocracia y amontonados en cajones cerrados.

Desde entonces, las luchas por derechos de la vejez pasaron a ser parte del mundo del trabajo y su danza entre patronos y sindicalistas. Los viejos, ahora jubilados, comenzaron a aparecer públicamente luchando por sus ingresos mensuales o los remedios de sus obras sociales. Los puntos de encuentro social pasaron a ser los *centros de jubilados* y la alternativa a qué hacer con un viejo en la casa cuando los adultos tienen que salir a trabajar, el aislamiento en un geriátrico.

Fue un largo siglo en el que no solo creció la expectativa de vida y se mejoró la salud sino que también se conquistaron derechos, cambiaron nuestros cuerpos y nuestros anhelos, se transformaron radicalmente la idea de familia, las formas de comunicación, los lugares que habitamos. Pero la imagen reservada a la vejez sigue siendo la misma. Y si no te gusta, aquí están las cremas antiarrugas y las cirugías para que sigas pareciendo joven.

En la plenitud de nuestra vida, nos anuncian que somos la clase pasiva.

¿Pasiva?

Justo cuando nos habíamos reconciliado con nuestro cuerpo, conocíamos nuestros dones y nos despreocupamos de nuestras falencias. Cuando aprendimos lo que necesitábamos para resolver las situaciones más disímiles.

Cuando estamos listas para ser más activas que nunca, nos anuncian que hemos pasado a ser... pasivas.